

1289?
2

052014

-2-

CLAVES PARA AMERICA LATINA

La comunidad intelectual hispanoamericana no necesita que le presenten al sayista Carlos Real de Azúa: sabe de su originalidad, de su variadísima información cultural, de su arriscada independencia crítica. Este saber sobre el crítico uruguayo no se alcanza, sin embargo, sino con esfuerzo. Como ocurre con otros valores del continente (Raimundo Lida podría ser el modelo) Carlos Real de Azúa escribe penetrantes ensayos para revistas o semanarios especializados pero desdeña recopilarlos en libro. Una suerte de aparente distracción por su obra o un toque de altivez aristocrática le han llevado a rehusar el libro o, cuando los ha publicado, las reediciones.

Ahora, coincidiendo con sus sesenta años, accedió a recopilar algunos de los muchos ensayos que escribió a partir de 1953 con destino al semanario Marcha en un curioso volumen: Historia visible e historia esotérica. Personajes y claves del debate latinoamericano, (Buenos Aires, Calicanto, 1976). La selección, dentro de una producción muy abundante y variada, busca unificarse articulando ensayos consagrados a libros críticos que permiten poner en evidencia lo que Real considera -sin equivocarse- principales problemas de la vida latinoamericana, los ejes sobre los cuales rota nuestro destino. Si aparentemente son siete ensayos sueltos, en verdad conforman un esquema dialogístico del continente. Cuando se lo comprende, la lectura se torna apasionante: bajo el tono educado, liviano y sin pathos de Real de Azúa, se percibe la seriedad y el compromiso de los asuntos tratados.

Tal valor no depende sólo de la mirada aguzada del crítico ni de su amplia información, sino de un modo personal de vivir esos problemas. Bajo la apariencia objetiva, racional y erudita que cabe al investigador, arde un fuego que es la vida misma del autor. Procedente de un nacionalismo que definió Maurice Barrès, formado en el catolicismo militante, hijo de ese patriciado latinoamericano sobre el cual ha escrito uno de sus mejores libros, pero poseído de una vocación de "outsider" que nunca le permitió quedar encerrado en ninguna proposición por demasiado tiempo, Real de Azúa ha cumplido un largo y zigzagueante camino por las ideas que si confluó aproximándolo a políticas pertenecientes al abanico de la izquierda, nunca lo contrajo a las estructuras del pensamiento marxista. De éste utilizó lo que, tras Max Weber, los sociólogos alemanes, persiguió secretamente fiel a "ese conjunto de valores que una experiencia inmemorable."

morial del hombre ha ido viviendo y ahondando y que poseen, bajo encarnaduras históricas distintas, sustancial identidad".

Esta fidelidad a lo que sólo la palabra "tradición" cobija, así como lo extenso de sus lecturas, se expresan en lo arbitrario -y también lo sabroso- de su repertorio de citas donde se codea el conde de Keyserling con Harold Laski y Hanna Arendt, George Orwell con Scalabrini Ortiz o Romano Guardini, Francisco García Calderón con René Dumont, H.G. Murena con Gunder Frank. Nada más latinoamericano que este "cambalache" cuya virtud es sacarnos del lugar común contemporáneo, de la disciplinada gramática de la moda, para otear esa estratificación geológica del saber humano donde quizás ~~haya~~ haya constantes que sobreviven a las mudanzas del tiempo.

Para quienes integramos las plurales corrientes del pensamiento progresista, la tarea intelectual de Real de Azúa se ofreció como una oposición crítica que justifica agradecimiento. En cualquier corriente, pero más en las del progresismo del período de lucha, están agazapados los clichés, los esquemas ordenaditos ~~y~~ e inauténticos, las ideas de confección. Tener compañero que observa y critica desde otro "corpus" de ideas con mirada aguda y desinteresada que coincida en la "praxis" aunque piense distintamente, parece educación de príncipe. Sobre todo porque la ensayística de Real de Azúa se define como un debate intelectual con el pensamiento de otro. Su ~~m~~^jejor lección es la demostrada capacidad para estudiar una proposición intelectual diferente de la suya, en vez de afirmar simplemente ésta, tratar de rebatir aquélla en un ponderado nivel de la discusión.

Si por eso ha sido arrastrado a la polémica, su tono óptimo debe buscarse en el "ensayo dialogante": una meditación llena de desvíos, acotaciones, superposición de planteos, aceptaciones parciales y rechazos globales, autoatques y autoexámenes, a lo largo de la cual sigue el discurso crítico de otro, lo penetra o enfrenta, lo hace suyo y lo tortura. Ejemplos cabales en este volumen son sus lecturas de Leopoldo Zea, Julio Mafud o Luis Alberto Sánchez. Críticas sin acidez ~~y~~ porque raramente descienden a los argumentos "ad hominem", honrados debates sobre ideas. Son ellas las que le importan más que ~~en~~ sus autores, y a su ajuste, esclarecimiento, modificación, quiere contribuir. Solo puede hacerlo así, pues su pasión es el "combattimento" intelectual.

El primero de sus ensayos, "Los males latinoamericanos y su clave" enfoca tema obsesivo que tiene no menos de dos siglos entre los escritores del continente. Astutamente Real de Azúa prefiere no manejar los términos sociológicos

literarios actuales que son bienes mostrencos de las gacetillas: dependencia, autenticidad, identidad, etc. Viendo que los mismos problemas han sido encasados en otras épocas desde perspectivas semánticas distintas, apela a una terminología religiosa: por un lado reconstruye la "tradición de la culpa" o sea la conciencia de los hombres latinoamericanos de que ellos son culpables de los padecimientos que sufren (pobreza, ignorancia, sometimiento externo, impotencia intelectual, etc.) y por el otro la "tradición de la conjura" o sea la conciencia que otros latinoamericanos han tenido de que esos males fueron sufridos fuera de su responsabilidad y competencia, por poder ^{esos} enemigos, internos y con más frecuencia externos. (Es curioso que Real no haya sido tentado por la dual concepción de lo demoníaco que se abre con la Reforma en el Renacimiento, pues ella sitúa la misma dilemática).

Al autor de Del buen salvaje al buen revolucionario le hubiera sido útil conocer este ensayo de 1964 que ahora asciende -remozado- al libro, porque habría visto el panorama dentro del cual se sitúa su requisitoria; del mismo modo que, de haberlo ahora escrito Real, hubiera incluido a Carlos Rangel en su secular "tradición de la culpa" como un momento más del diálogo que atraviesa la historia latinoamericana y hasta tal grado la define, que sería impensable sin ambas voces dialogantes. Ambas tradiciones han sido anexadas a posiciones políticas o filosóficas, haciendo de la culpa una expresión de la derecha y de la conjura una de la izquierda. Revisando la historia debe convenirse que corresponden, más estrictamente, a las posiciones que ocupan en el tablero de las vidas nacionales, de tal modo que la "oposición" se afilia mejor a la conjura aunque frecuentemente la abandona desde que asume el "poder", inclinándose hacia la culpa.

Real revisa su historia desde los románticos: mide con cautela los diversos argumentos de esta historia "visible" junto a la continuidad de la historia "esotérica", ve cómo cambian ~~argumentos~~ sin por eso abandonar su orientación: ya no son de uso los de tipo racista de fines del XIX pero su misma carga ha sido trasladado a los educacionales. Escrito como aparente correctivo a destempladas ^{anzas} de la izquierda, el tiempo ha llovido sobre este ensayo nuevos datos que el autor recoge y que inclinan la balanza hacia la "tradición de la conjura". Pero Real no resuelve el conflicto: lo describe, lo tasa, lo evalúa. Habiendo funcionado desde la época borbónica, no parece que se cancele en el tiempo.

El mismo debate se reitera en otros niveles mediante nuevos juegos dicotómicos.

cos que testimonian la acción de un pensamiento binario. Es el arraigo/desarrollo que Real extrae de la ensayística de Julio Mafud, leyendo a través de ella la de Martínez Estrada. Es la modernización/arcaísmo de los sociólogos desarrollistas, que sustituye la uropeización/americano de los debates de los años veinte o dependencia/independencia de los sociólogos de la izquierda. Este juego de oposiciones vuelve a examinarlos analizando el volumen de Leopoldo Zea América en la historia, cuyos esquematismos brillantes apaga, retornando a la historia concreta de América Latina.

Los tres ensayos finales se consagran a Rodó, de cuya obra es Real de Azúa maestro reconocido. Ya en 1957 otro especialista rodoniano, E. Rodríguez Monegal, anotaba en el prólogo a su edición de las Obras completas que el único ~~estudioso~~ estudioso que hasta la fecha había sido capaz del análisis profundo de Modos de Proteo, era Real, por lo cual remitía a las "eruditas y penetrantes observaciones críticas" de su extenso estudio, cuya versión última, puesta al día, se encuentra ahora frente al volumen Rodó de la Biblioteca Ayacucho. Junto al citado Rodríguez Monegal y a Arturo Ardao, es Real de Azúa de los que han prolongado y perfeccionado en la generación a que pertenecen, la obra crítica inaugurada por Roberto Ibáñez. No creo que se trate de un rasgo generacional, como él aduce, y a las excepciones de antirrodonianos que cita (entre ellos y mismo) podría agregarse una buena cantidad de escritores y científicos, empezando por el rector de la Universidad, Oscar Maggiolo.

En el último análisis consagrado a Rodó, Real muestra una evolución casi antitética a la de Zum Felde, quien, iniciado en la crítica concluyó en la exaltación. Real llega a obligados reconocimientos: "Rodó fue antes que nada un cuidadoso repensador de ideas ya pensadas y, más aún, un orquestador hábil de ellas, un armonizador básicamente formulístico de encontradas tesis y antítesis" reconociendo la aplicabilidad que tendrían en su caso las observaciones de Richard Griffiths en su libro The Reactionary Revolution que ve corroborado en la declaración de Carlos Lacerda titulándose "arielista". A eso se agrega quiebra del ideal [de elocuencia rodoniano], eso que D'Ors llamaba "la prosa togada".

El tiempo ha trabajado contra el maestro del novecientos. El ataque de Carlos Rangel en su ya citado libro implica la primera vez (a mi conocimiento) que el pensamiento de la "tradición de la culpa" se sumó a la ya generalizada crítica que desarrolló el pensamiento de izquierda contra Rodó, a veces con la artillería pesada que utilizó Luis Alberto Sánchez. Real de Azúa, que ha navegado por

ambos ríos, es más equilibrado en la requisitoria y siempre encuentra algo que salvar, así sean las "parábolas" del maestro.

En un universo lleno de pugnacidad y terrorismo, una conciencia alerta como la que informa este libro, que vive el proceso de las ideas desde sus orígenes y no cae en la trampa de los estereotipos al uso, que extrae del conocimiento profundo del pasado la real problemática de América Latina rehusándose a traducir el manualito de turno, una conciencia como ésta es buen testimonio de la auténtica liberación intelectual que necesitamos.